

La piratería en la antigüedad grecorromana

La guerra, el comercio y la piratería forman una trinidad inseparable.

Goethe

En la más célebre historia de la piratería que conozco, la redactada por el británico Philip Gosse (traducción castellana de Lino Novás Calvo, Madrid, Espasa-Calpe, 1935), la piratería de los tiempos grecolatinos, se ve reducida a un simple apéndice. Es algo que no podemos remediar. Si nos invitan a un baile de disfraces y elegimos un disfraz de pirata, estamos pensando sin duda en los piratas de la piratería clásica que, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, sembraron de terror los mares del mundo, especialmente el mar Caribe, que es el marco que antes nos viene a la cabeza. Y, de acuerdo con ello, nos disfrazamos de Olonés, de Morgan, de Barbanegra, nunca de pirata grecorromano. Ni siquiera se nos ocurre, al oír la palabra «pirata», forjar una imagen de corsario berberisco o de vikingo. Nuestro arquetipo de pirata, el que viaja con nosotros allá en lo más profundo de nuestro subconsciente, tiene pata de palo, un par de viejas pistolas y un parche en un ojo.

De todos modos, la piratería es tan antigua como la navegación. Y en el mundo antiguo tuvo una enorme importancia, tanta que llega a confundirse en muchas fases de la Edad Antigua la historia de la navegación con la historia de la piratería.

La palabra pirata procede del latín *pirata*, y esta forma, a su vez, del griego *peiratés*, derivado del verbo *peirân*, «tratar de, intentar», en el sentido de «tentar fortuna en el mar». Si existe un terreno en el que la superioridad de los indoeuropeos se revela como incontestable es el de la piratería. Los hombres rubios de ojos azules llegan del Norte en el segundo milenio antes de Cristo e invaden Grecia y las islas del mar Egeo, de donde cuidadosamente recogen tradiciones marítimas que les eran ajenas. Continúan hacia el Sur, pero tropiezan con potencias mucho más sólidas, como Creta y Egipto. «Minos —dice Tucídides— limpió el Egeo de piratas, sin duda para que el comercio que lo había enriquecido siguiese funcionando con normalidad» (Minos es el nombre genérico de cualquier rey de Creta, de la misma manera que Faraón

lo es de cualquier soberano de Egipto). Hacia 1500 antes de Cristo, los aqueos, pueblo marino donde los haya, se apoderan de Creta. Desde entonces, la piratería colectiva va a tomar carta de naturaleza, y ningún pueblo va a ser ajeno a ella. Será el deporte favorito de aquella humanidad adolescente y bárbara.

Las costas griegas, con sus acantilados blancos, esculturales y estériles, definen un país francamente pobre. Pero hay otros países ricos en trigo, con llanuras pobladas por gentes apacibles. Son las presas, también helénicas, de los primeros piratas griegos. Los nativos de las islas del Norte (Lemnos, Imbros, Samotracia) llevan a cabo expediciones regulares de saqueo contra la Tracia y el Helesponto. Se aseguran así una despensa amplia para los meses sucesivos y un buen número de esclavos para el comercio. Esta economía «predadora» durará unos quinientos años, hasta que Milcíades, en los tiempos de mayor grandeza marítima ateniense, ponga punto final a los «crímenes lemnios».

La tierra prometida de los piratas, sin embargo, fue en aquella primera época, ante todo, la del egipcio con su floreciente agricultura, sus innumerables labriegos, su río portador de riquezas. Era el reino mejor educado del mundo. Los bárbaros del norte no dejaban de soñar con su distinguida civilización y lanzaba contra él continuos asaltos. Creta, Cilicia, Libia, las costas de Siria, servían de bases a estos piratas primitivos. Los monumentos egipcios conmemoran aparatosamente las derrotas de sus brutales enemigos. El ataque más violento tuvo lugar en 1192 a. de C., en tiempos de Ramsés III. Las islas del mar vomitaron todos sus habitantes de un solo golpe, y éstos se dirigieron a Egipto. Pero el ejército y la armada de Ramsés les presentaron combate en las bocas del Nilo. Un famosísimo bajo relieve conservado en el templo de Madinat Habu ha inmortalizado esa batalla. Los navíos de los «pueblos del mar» son largas barcas cóncavas, con remos y una ancha vela cuadrada. Viajan a bordo marineros semidesnudos, con una corona de plumas o un rudimentario casco protegiéndoles la cabeza. Las flechas y las lanzas vuelan, bajo el tórrido sol de Egipto. Finalmente, los rubios extranjeros de ojos azules huyen desordenadamente o mueren ahogados, y sus manos y sus despojos varoniles se amontonan ante el Faraón por millares. «Así se acordarán de Egipto», reza una inscripción jeroglífica. La invasión había sido conjurada, pero no la piratería, que tenía un radiante futuro asegurado.

Entre los griegos, la piratería gozaba de prestigio y estimación pública. Las leyes de Solón, hacia 590 a. C., se refieren ya a asociaciones autorizadas de piratas. Las autoridades de las distintas ciudades-estado contrataban piratas para sus guerras navales, a falta de escuadras regulares. Los mercaderes cuyos bienes habían sido robados eran también autorizados a tomar represalias contra sus desvalijadores, para lo cual contrataban a otros piratas, con ánimo de resarcirse de las mercancías perdidas; con frecuencia no esperaban a obtener licencia o permiso de las autoridades competentes y, así, muchos barcos mercantes empezaron muy pronto a combinar el comercio con el pillaje: así se estableció, desde abajo y no desde arriba, el primer sistema de corso de la historia.

Pero retrocedamos en el tiempo. El Golfo Pérsico se considera el primer lugar donde se practicó la piratería a gran escala. Hacia 5000 antes de Cristo, y progresando desde los simples remos a las velas, los pescadores del Golfo de Omán iniciaron el transporte de mercancías desde la India hasta Mesopotamia, extendiendo gradualmente su campo de operaciones. Cuatro milenios más tarde, hacia el siglo IX a. C., comerciaban ya con Cantón y habían establecido centros comerciales en Java, Sumatra y Siam, no sin recurrir, claro está, a la piratería y al fraude. Cargas de incienso, especias, (mirra para embalsamar), sedas, joyas, oro y plata, marfil, maderas preciosas y cobre eran embarcadas de nuevo en los puertos de Omán y transportadas Eufrates arriba hasta Babilonia.

Los angostos pasos de Ormuz y los más de doscientos kilómetros de lo que se conocería como Costa de los Piratas, desde la península de Qatar a la frontera con Omán, eran lugares privilegiados para la práctica de la piratería. Con sus estrechas calas, bancos de arena y barreras coralinas, es ésta una árida comarca, calurosísima en verano y azotada en invierno por tormentas de arena y terroríficos vendavales cuando aúlla el *shamaal* por el norte. Usando veloces y maniobreras naves de pequeño calado y conociendo el terreno a la perfección, los piratas arábigos gozaban de una ideal situación de ataque. El rey asirio Senaquerib envió contra ellos una expedición en el siglo VII a. C. Más de tres siglos después, la escuadra de Alejandro Magno fue hostigada por esos mismos piratas. Más tarde aún, las naves romanas tuvieron que proveerse de arqueros para prevenir sus asaltos. Trajano mandó una expedición naval al Golfo Pérsico que saqueó la Costa de los Piratas, y en el siglo VI d. C. Shapur (Sapor), rey de la Persia sasánida, consiguió someter a sus habitantes, adquiriendo a raíz de su victoria el sobrenombre de Zulaklaf o Señor de los Hombros, pues mandó perforar los hombros de los piratas capturados e hizo pasar cuerdas a través de ellos para evitar que pudiesen escapar.

Volviendo al Mediterráneo, insistamos en que fueron los mismos comerciantes y mercaderes los que se vieron obligados a ejercer de piratas como una especie de terapia ocupacional. El botín, además de las habituales mercancías que venían del Este, incluía, después de que los fenicios trazaran las principales vías del comercio con Occidente, plata de Hispania, ámbar del Báltico y estaño de las islas Británicas.

Hacia comienzos del siglo VI a. C. piratas griegos establecieron una posición avanzada en las islas Lípari, al norte de Sicilia, desarrollando allí, en medio de excrecencias volcánicas, una especie de comunismo *avant la lettre* en el que la tierra era común y el botín se repartía a partes iguales entre toda la población. Se basaban en uno de los principios básicos de la democracia: la autoridad de la ley sustituía a la arbitraria costumbre, y el linaje no era tenido en cuenta para nada, constituyendo el máximo fundamento de unión establecido entre aquellos hombres su orgullosa pertenencia a la sociedad naval que habían fundado entre todos. Como entre los vikingos y entre las comunidades piráticas del Caribe y del Indico, no podemos por menos de sentirnos impresionados ante este revolucionario entreacto en el que los vínculos familiares

y tribales se han roto por completo, y todo, a excepción del grupo de camaradas, es visto como un simple objeto de desprecio y pillaje. Fernando Pessoa dedicó una de los más bellos poemas de Alvaro de Campos, el titulado *Oda marítima*, a celebrar a los piratas. El sueño universal del igualitarismo acaso sólo ha conseguido hacerse realidad entre ellos. «Rumbo a Jamaica todos los hombres son iguales», escribía yo en mi poema *Evocación de Francisco Salas, cosmógrafo*, hace veinte años.

Los piratas del Mediterráneo usaron las mismas tácticas que sus colegas de la Costa de los Piratas arábica. Sus embarcaciones eran ligeras, de poco calado y fondo plano. La velocidad era esencial, lo mismo para el ataque que para la huida; otro tanto puede decirse del calado, ya que permitía a la tripulación escapar, en caso de verse perseguida por el enemigo, remando hacia aguas donde sus perseguidores, más pesados, no pudiesen seguirlos. Los lugares escogidos para el ataque eran las rutas comerciales, conocidas de antemano. En los tiempos primitivos de la navegación estas rutas no eran difíciles de adivinar *a priori*. Los marinos tomaban el rumbo sirviéndose únicamente de la vista, escogiendo la ruta a lo largo de la costa y orientándose por cualquier tipo de accidente geográfico previamente conocido en tierra, como montañas, morros, islas, etc., sin atreverse nunca a perder de vista el litoral por espacio de muchas horas. Este rudimentario método de enderezar el rumbo hacía imposible la navegación nocturna, que ningún marino mediterráneo de estos primeros tiempos intentó. Al anochecer, echaban anclas y aguardaban hasta que la salida del sol permitía continuar la jornada.

Semejantes métodos de navegación hacían tan sencillas las tácticas del pirata, que su labor quedaba reducida a la de un simple saqueador de caminos, con la huida enormemente facilitada. Los piratas no tenían más que mantenerse quietos en una caleta rocosa hasta que divisaban a su presa y acudían a asaltarla. Si la presa era lo suficientemente rápida, lograba escapar. Si era excesivamente poderosa, entonces era el perseguidor quien huía. Pero la nave, muy veloz o muy poderosa para ser abordada de día, quedaba por la noche totalmente a merced de sus enemigos, pues los piratas lo que hacían era observar dónde echaba anclas la nave por la noche, y en medio de la oscuridad se acercaban y emprendían súbitamente el asalto aprovechando que la mayoría de la tripulación estaba dormida, y con gritos feroces y terribles trepaban por los costados y se apoderaban de la nave antes incluso de que sus víctimas se diesen cuenta de lo que estaba sucediendo. Luego la nave era conducida por su propia tripulación en los bancos de los remeros, y bajo el látigo de sus apresadores, a la guarida de los piratas, donde tenía lugar el recuento del botín y su ulterior reparto.

Pero los barcos marineros no eran los únicos objetivos de estos piratas primitivos. Con mucha frecuencia reunían efectivos humanos y emprendían repentinos asaltos a las ciudades de la costa. Incluso hoy en día se pueden ver en muchas de las islas del mar Egeo ruinas de torres muy antiguas que habían sido construidas como lugares de refugio adonde los isleños podían acudir huyendo de la persecución de los piratas. Estas torres eran también utilizadas como atalayas para avisar de la presen-